

## ESTHER HACHUEL FERNANDEZ

### Acompañando al tiempo: aprender en el orden simbólico de la madre

Cuando Milagros Rivera me planteó la posibilidad de intervenir en el Seminario de Primavera de Duoda anduve pensando qué podía decir yo en relación a un tema como el que enuncia el título del seminario. El hecho de que Milagros me hubiera invitado me daba ánimo y coraje y me ponía en la necesidad de hacerlo. Tengo una formación de arqueóloga y hasta hace muy poco lo era también mi dedicación profesional.

En los últimos años mi relación con Duoda y con mujeres como Milagros, Paloma González, Montse Cabré o Marina Picazo me han llevado a pensar mi disciplina (la arqueología) y a orientar mi investigación hacia (y digo hacia, y no desde) el pensamiento de la diferencia. No me considero una experta en este tema (estoy muy lejos de serlo), pero la invitación de Milagros me pareció un reconocimiento que yo no aceptaba si no aceptaba la invitación.

Me centré primero en reflexionar sobre el título y me pareció doblemente sugerente. *La enseñanza del orden simbólico de la madre*. Pensé que la palabra enseñanza otorgaba a la frase completa un doble significado: aludía y alude para mí por un lado a la acción de enseñar (el diccionario dice del vocablo enseñanza "acción y efecto de enseñar"); en este sentido *el orden simbólico de la madre* funcio-

na en la frase como objeto directo de un verbo: enseñar el orden simbólico de la madre.

Pero por otro lado, y en un plano tal vez más sutil, tengo la sensación de que alude a la vez a una Enseñanza con mayúscula, un sustantivo que no se puede transformar fácilmente en verbo y que tal vez no tiene nada que ver con el verbo enseñar. Nada que ver porque en este sentido la enseñanza se transmite más por el deseo de aprehender (aunque también de aprender) que por el acto de enseñar.

Tal vez sea más fácil en catalán; he comprobado que el Diccionario Pompeu Fabra de la Llengua Catalana distingue entre *ensenyament* i *ensenyança*. En castellano, a veces, esta segunda acepción se ha explicitado en plural, las enseñanzas. No sé si es un plural maiestático hacia lo transcendente.

Bajo esta acepción la expresión *el orden simbólico de la madre* funcionaría no ya como objeto directo del verbo enseñar, sino como un genitivo de enseñanza: la enseñanza que contiene el orden simbólico de la madre.

Hoy día, nuestras tradiciones y costumbres nos hacen pensar más en la primera acepción que en la segunda.

Al hilo de estas reflexiones querría hacer girar mi intervención en torno a tres ejes principales totalmente concatenados y es mi deseo poder contrastar con vosotras lo que voy pensando. Apreciaréis que mi discurso es muy teórico; pero debo decir que, a pesar de todo, procede de mi experiencia. Los tres ejes a los que hacía referencia son los siguientes:

1. Aprender en el orden simbólico de la madre
2. Aprender de la madre
3. Autoridad femenina, convivencia y soledad

**1. Aprender en el orden simbólico de la madre:** aprender en el orden simbólico de la madre (y aprender de él) significa ante todo reconocer que algo me ha sido dado *gratis et amore* y que ese algo lo puedo poner en juego en mi quehacer de cada día. Para que haya aprendizaje debe haber, por tanto, reconocimiento.

En este sentido se trata de un aprender distinto. Distinto en la medida en que no es unidireccional, no marca un trazo de una sola dirección desde quien enseña y hasta quien aprende, sino que, necesariamente, marca un trazo de doble dirección. La enseñanza, para que lo sea, debe ser reconocida y aceptada como tal.

Creo que el feminismo de la igualdad, arraigado en el siglo XVIII y tan enarbolado en los años 50 y 60 del siglo XX, del que soy fruto y que tan necesario fue para las mujeres y tan importante para los países occidentales, tuvo como una de las consecuencias negativas o no deseadas precisamente el devaluar las enseñanzas del orden simbólico de la madre. Impedir no sólo su puesta en juego, sino la actitud de reconocimiento necesaria por parte de las mujeres. El referente masculino que hay detrás del pensamiento de la igualdad dejó, una vez más, sin punto de referencia femenina la relación de las mujeres entre nosotras mismas y con el mundo. El abismo en la relación con la madre fue aún más grande y profundo, curiosamente, que en las épocas inmediatamente anteriores.

**2. Aprender de la madre:** queda claro, pues, que sostengo que el aprendizaje en el orden simbólico de la madre requiere, para que se dé, del reconocimiento del mismo. Pero por otro lado, en una caracterización del aprendizaje del orden simbólico de la madre, diría que éste tiene dos características principales: a) lo que se aprende es trascendente; b) a pesar de su transcendencia, el aprendizaje nunca conlleva procesos traumáticos.

a) Lo que se aprende en el orden simbólico de la madre es trascendente porque es consustancial a la vida e imprescindible para la

convivencia. Por convivencia entiendo las relaciones de proximidad que establecemos para que la vida trascienda el hecho biológico y obre el milagro de ser humana, es decir, cobre toda su dimensión. Por ello, las reglas de la convivencia nacen y renacen, se adaptan incluso al medio más hostil. Dependen de aspectos estructurales y coyunturales. Y, desde luego, no se ciñen únicamente a las relaciones de familia o de parentesco.

De la madre aprendemos a hablar. Podría seguir enumerando un número finito de cosas que yo he aprendido de mi madre, fundamentalmente relacionadas con la vida y con su gestión: nutrir, higienizar, sanar, cuidar, abrigar...

Pero la importancia no está en esos procesos que, como si fueran una variable discreta, pueden fácilmente separarse e incluso escogerse. Lo verdaderamente importante es un *continuum* que subyace a los hechos discretos y que es inherente a la propia relación. Ahí, originariamente, no podemos ni separar ni escoger. De la misma manera que no escogemos aprender o no aprender a hablar y a hablar la lengua materna.

De todos modos, no quisiera dar la impresión de que estoy trabajando con una nueva dicotomía: lo trascendente, ese continuum, y lo "intrascendente", lo discreto (abrigar, curar, nutrir, higienizar, etc). La experiencia, la mía por lo menos, me dice que no estoy frente a una dualidad: al mismo tiempo que he empezado a reconocer ese algo que me ha sido dado *gratis et amore* he perdido la vergüenza a decir que a mí también me gusta ocuparme de mi casa y cuidar de los míos. No deja de ser una liberación!

**b)** Pasaré ahora al segundo rasgo que he atribuido a aprender de la madre: decía que nunca conlleva procesos traumáticos. Y no comporta procesos traumáticos porque aprender en el orden simbólico de la madre acompaña al tiempo, éste no falta y no sobra, está ahí con motivo de la vida. No plantea momentos de aprender a contra-

tiempo y aislados porque es tiempo-de.

Por el contrario son procesos de aprendizaje complejos, que ponen en juego más de un cabo para tejer un entramado que más que ofrecernos una formación, nos conforma. Hasta el punto que tendemos a entender como innatas ciertas actitudes, habilidades y capacidades. Seguramente un ejemplo simple, pero claro de lo que digo, lo constituye el hecho de que nadie recuerda haber aprendido a hablar, simplemente sabemos hablar. Pero además lo trascendente, las enseñanzas, están presentes y viven en la relación.

Según la definición más aceptada en el mundo académico del concepto de economía, éste designa a todas aquellas actividades que consisten en asignar recursos escasos a fines alternativos. Los recursos escasos (es decir, aquellos que precisan ser asignados) son recursos económicos por definición. Y a la inversa, los recursos económicos son también por definición escasos.

En ese contexto el tiempo es tenido como uno de los principales recursos económicos y, como tal, debemos gestionarlo. Por otra parte, la gestión de los recursos económicos es un ejercicio que requiere de la racionalidad, entendiendo que el resultado final debe ser la máxima rentabilidad. En la economía clásica incluso el tiempo (el de producción en este caso) está en el origen del valor de las mercancías.

No comentaré la etimología del término *economía*, que curiosamente deriva de *oikos*, la unidad doméstica de la Grecia Clásica. Sí argumentaré, en cambio, que el paseo por la vida, en el orden simbólico de la madre, no establece distinción (o no dualiza) entre el vivir y el transcurrir. Ello permite no tener que gestionar el tiempo como algo ajeno, como una cartera más o menos llena de billetes. En el orden simbólico del padre parece que lo que nos ha sido dado es el tiempo y, puesto que sólo se vive una vez, lo ideal es hacer cuantas más cosas mejor. En el orden simbólico de la madre lo que

nos ha sido dado es la vida que, por definición, transcurre. Nunca ha faltado el tiempo para lo verdaderamente trascendente. Lo que se gestiona no es el tiempo, sino la vida.

Recuerdo una de mis primeras proezas dentro de la vida civilizada que por haber nacido en el año 60 y en el primer mundo me ha tocado vivir: aprender a leer. A pesar de que me inicié muy temprano en ese ejercicio, recuerdo que se compraron en casa los instrumentos necesarios: cuadernos de neoelectores, primero con la a, la e, la i, la o y la u. Luego las consonantes, primero haciendo sílabas, luego juntando sílabas para hacer palabras. Seguramente aprendí a leer antes que ninguna otra, la primera palabra que aprendí a decir: mamá. Una palabra no por casualidad fácil. A diferencia de lo que había ocurrido con el habla, para la lectura había momentos de aprender y de practicar, muy distintos a los momentos de jugar, de comer, de dormir, de pasear, etc. Lo mismo ocurrió en mis primeros pasos en la matemática elemental: se compraron también cuadernos, esta vez de números, que planteaban como máxima azaña, las tablas de multiplicar. Todo eso lo hice muy pequeña, en casa, antes de ir al cole.

Todo lo que he aprendido después ha seguido las mismas pautas: era fruto de un esfuerzo personal que se incentivaba (o no) estableciendo una clara diferencia entre el momento de aprender, de trabajar para adquirir alguna habilidad, y los demás momentos de mi vida.

Por otra parte, esos procesos de aprendizaje se hacen, hasta un cierto punto que a veces llega a extremarse, a contratiempo o a destiempo. No podía ser de otra manera. Era necesario ir haciendo acopio de conocimientos acumulativos en los estadios que “no—sé—quien” consideraba oportunos. No hay más que ver el *cursus honorum* de los estudios.

El curso académico 98/99, siendo profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona en el Departamento de Antropología y Prehisto-

ria, tuve ocasión de impartir una asignatura de 15 créditos llamada *Técnicas de laboratorio, archivo y campo*, en la que se me encargó que impartiera 5 créditos de tecnología cerámica prehistórica. Se me ocurrió en aquel entonces que tal vez sería interesante hacer un taller de arqueología experimental, con los objetivos propios de esta especialidad, que sólo citaré de pasada para situar a la lectora o lector: reconstruir los procesos de trabajo que se esconden tras un objeto o artefacto prehistórico, tener una explicación para sus características físicas y elaborar un banco de datos desde los que hacer inferencias de tipo socio-económico.

Se trataba, en función de tales objetivos, de ponernos manos a la obra en la fabricación de recipientes cerámicos emulando y simulando una tecnología neolítica. Los sistemas de fabricación neolíticos son extremadamente simples. Se trata en todos los casos de técnicas de alzado manuales, en las que no interviene el torno de alfarero, y que se ciñen a tres o cuatro fórmulas concretas en función, no sólo, pero sí básicamente, del tamaño de la pieza que se pretende alzar.

Las dificultades, sin embargo, fueron máximas entre los alumnos y las alumnas.

El paisaje ideal en el que trabajábamos (el campo del campus de la UAB) me permitía poner fácilmente en juego mi imaginación y pensar en una comunidad neolítica en la que el día a día hacía posible que unas personas (seguramente jóvenes o niñas) aprendieran la técnica de fabricación de las ollas y de la vajilla de mesa. La antropología me brindaba además elementos que reforzaban estas imágenes que podrían parecer trazadas al azar.

Lo que más me estorbaba en esa especie de proceso de empatía no eran ni nuestras vestimentas modernas o postmodernas, ni los coches aparcados junto al lugar de trabajo. Lo que más me estorbaba era ese ambiente de enorme dificultad y de falta de serenidad que

impedía levantar dos veces una pieza de características similares y los desesperos por los que, a causa de ello, pasaban los alumnos y las alumnas. Llegué incluso a hacer un experimento *sui generis* y poco elaborado pidiendo a cada alumno o alumna que acababa una pieza que intentara levantar otra igual. Fue imposible en todos los casos.

Intenté acordarme de cómo había pensado yo una comunidad neolítica y ese proceso de aprendizaje concreto; mi imaginación, por muy libre que se mostrara, no era ajena a mi propia experiencia ni a los esquemas con los que yo misma he adquirido ciertas habilidades de esas que llamamos domésticas y que yo ahora digo transcendentales. Habilidades que se adquieren y que nos hacen como individuos, como personas individuales, pero también como colectivo.

Es curioso; a veces tengo la sensación de estar viviendo una época que, inevitablemente, está trascendiendo la modernidad y la postmodernidad. Y es como si el cambio que, insisto, inevitable, nos situara ante un abismo. Creo que esa conciencia de "ruptura" explica la nostalgia por el pasado que ha caracterizado los últimos años de los noventa, y que nos ha hecho recuperar músicas de los años 50, 60 y 70, hacer remakes de ciertos filmes, recuperar viejas imágenes televisivas, ciertas modas en el vestir, etc. Es una nostalgia que nos aferra a un pasado inmediato, pero del que nos desprendemos indefectiblemente. Y en esa nostalgia cobran peso las tradiciones, que se revalúan, se recuperan, contribuyen, se dice, a darnos identidad. Y muchas de esas tradiciones, de esos rasgos que nos identifican como colectivo, tienen su origen en una rutina necesariamente "doméstica" y reducida a la relación entre unas pocas personas.

En el caso de mi historia imaginada, yo pensaba en una mujer, seguramente una madre, levantando un día una pieza y otro día otra y a su hija observando y copiando no sin una cierta distracción los movimientos y pasos que conducen al producto final; mientras tanto, se charla tranquilamente y sólo de cuando en cuando se da una

instrucción concreta frente al proceso. Paradójicamente, hoy día, esa cerámica, es el elemento clave de identificación del período de neolítico.

Nadie ha dicho que sea el momento de aprender a hacer una cerámica; es un momento polifacético, de hacer, de aprender, de relación, sin que sea posible separar, linealizar ni prelar.

Creo que cuando se da una situación así están mediando fundamentalmente dos aspectos: por un lado la sabiduría de dejar que nuestros actos acompañen al tiempo; el tiempo no se gestiona, no es tiempo de aprender-a. Me suena más a mediación masculina la consabida frase de ya tienes la edad para aprender X.

Por otro lado la autoridad femenina. Autoridad que en mi historia imaginada haría de la mujer que muestra cómo se levanta una pieza cerámica, la medida de la relación inexperta de la pequeña con el barro, con su quehacer.

En mi taller de arqueología experimental la acción no acompañaba al tiempo. Nuestro tiempo era objeto de gestión en el más puro sentido de la economía clásica, lo asignábamos, como un recurso, a fines alternativos, de manera que lo convertíamos en un tiempo lineal en el que la decisión de hacer algo conllevaba paralela una renuncia. Trabajábamos a contratiempo y sin ninguna medida. Aprender a hacer cerámica era intrascendente, no contenía ninguna enseñanza.

**3. Autoridad femenina, convivencia y soledad:** Históricamente, todas las labores relacionadas con la gestión de la vida o, si se prefiere, con el cuidado de las personas más próximas, es decir, aquellas con las que se establece una relación de convivencia, han sido desarrolladas por las mujeres.

Seguramente, en los primeros estadios de la prehistoria, todas las

actividades de los grupos humanos estaban orientadas hacia esa gestión, hacia la creación y la recreación de la vida y de la convivencia.<sup>1</sup> La búsqueda y preparación de alimentos, el correcto tratamiento de los cuerpos de los fallecidos y fallecidas del grupo, la socialización de los pequeños, el mantenimiento de los niveles óptimos de salubridad del hábitat, etc. Y todo ello, en la práctica de la relación y por la práctica de la relación.

A pesar de ello (o precisamente por ello) no creo que el orden patriarcal imperara en esas sociedades por lo menos hasta el neolítico.

Si avanzo en el tiempo hasta nuestros días creo que observo un triple proceso: por un lado el surgimiento de actividades no directamente relacionadas con la gestión de la vida, o incluso relacionadas con la gestión de la muerte, como ciertos rituales religiosos cuyo máximo exponente en el mundo occidental se encuentra en los rituales oficiados por los sacerdotes de la tradición judeo-cristiana. Este proceso corre paralelo a otro que hace que en la escala de valores sociales, algo tan importante como la creación y la recreación de la vida y de la convivencia (la gestión de la vida) pase a un segundo plano valorativo.

Finalmente, un tercer proceso (íntimamente relacionado con los anteriores) va “arrancando” de la esfera de acción de las mujeres ciertas labores tradicionalmente desarrolladas por nosotras. En este caso el ejemplo más claro lo constituye la medicina, entendida como una atención específica a las personas que sufren alguna patología o, más recientemente, la atención al parto, hasta hace relativamente poco en manos de las parteras o de las comadronas y ahora en manos de la medicina y de los médicos.

No obstante, sigue siendo amplio el abanico de actividades desarrolladas aún por las mujeres de manera exclusiva o casi exclusiva y relacionadas con la creación de la vida y su constante recreación en

la convivencia. Un abanico, por seguir usando la misma figura, en el que no existe un referente masculino, en el que no hay mediación masculina.

Siguiendo la figura de autoridad femenina creo que puedo decir que estamos en un ámbito, el de la gestión de la vida, que se ha degradado a lo *doméstico*, en el que el único referente es siempre una mujer o unas mujeres, y se pone en juego la mediación femenina.

No entraré a tratar esa segunda fase en la que, según Luisa Muraro,<sup>2</sup> la relación de la madre con la hija se cancela. Una fase que ha podido ser más cruel o menos cruel, más o menos arrebatadora, según los tiempos.

Sí me interesa, sin embargo, enfatizar lo que antes ya he insinuado. Al hablar de la mediación femenina he hablado de una mujer o unas mujeres que son, para otras mujeres, una medida.

Tengo la sensación de que con ello estoy subvirtiendo yo (o se están subvirtiendo por algún lado) las normas elementales de nuestra gramática o, más genéricamente, de las lenguas de raíz latina. En castellano, al artículo el/la los/las, se le llama definido, mientras que a un/uno-a, unos/unas se le llama artículo indefinido.

Yo hablo de la mediación de una mujer o de unas mujeres justamente para recalcar su definición, para dejar claro que son una o unas mujeres concretas, no las mujeres o, aún peor, la mujer, indefinida a pesar del artículo definido que acompaña al sustantivo.

Mediación femenina y convivencia van, por tanto, estrechamente unidas. Seguro que alguna vez —más de una incluso— hemos oído la expresión *vacío de poder*. Alude al hecho concreto de que el poder está ahí, esperando que alguien lo ocupe, que alguien lo ostente.

No es posible, sin embargo, hablar de vacío de autoridad. La autori-

dad femenina no está ahí, esperando que alguien la ocupe o la ostente. La autoridad femenina sólo tiene lugar en la convivencia. Precisa como mínimo de dos.

Esa autoridad femenina circula hoy día con seguridad en los primeros años de convivencia entre la madre y la hija. Y hace posible, como en mi historia imaginada de las comunidades neolíticas, que se aprenda y que se aprehenda tanto lo discreto como lo trascendente. Algo aprendido y aprehendido que está ahí, interiorizado, y que no se olvida, pero que en ausencia de mediación femenina nos conduce a algún tipo de renuncia y, en extremo, a la soledad.

Este último proceso es el que yo he visto en muchas mujeres de mediana edad cuando, pasados los primeros años de relación estrictamente maternal con las hijas, su simbólico dejó de ser la medida de la relación de éstas con el mundo.

Creo que a las mujeres de mi edad (hijas de madres de mediana edad) nos tocó vivir precisamente unos años en los que la negación de la autoridad de la madre fue especialmente dura por drástica, y porque, sin quererlo, la proclamábamos tácitamente muchas mujeres en nombre de la igualdad, de una igualdad que se pretendía incluso existencial.<sup>3</sup>

Hay, sin embargo, un dato que me resulta curioso. Estos días, debido a los acontecimientos, todos los medios de comunicación están tratando el tema de la violencia juvenil. Se ha hablado incluso de violencia gratuita para referirse a un caso concreto de asesinato de un joven en la Vila Olímpica de Barcelona, como si existiera algún tipo de violencia no gratuita. Por mi dedicación actual sigo con interés todos los artículos y debates y observo como desde todas las tendencias y desde todos los posicionamientos políticos se alude reiteradamente al papel de las familias y, si se hurga, puede verse como en realidad el papel de las familias acaba reducido en muchos casos al papel de las madres.

Un arma ésta de doble filo. De doble filo porque inicialmente podemos pensar que contiene algún tipo de reconocimiento hacia la labor materna de instruir en la gracia y no en la fuerza.<sup>4</sup> Y algo hay de ello.

Pero se desvirtúa el reconocimiento al considerar que los padres y las madres pueden y deben ser formados como tales para el desarrollo de su labor. Una formación que empieza a darse en algunos ámbitos, y que lo que reconoce es el papel crucial de la familia en la educación, y no la existencia y circulación de un orden simbólico de la madre que puede darse y aprenderse, *gratis et amore*, en la mediación femenina. Descontextualizando una bonita frase de Veronika Mariaux "tener presente a la madre en el trabajo educativo significa reconducir a las chicas hacia su madre".<sup>5</sup> Dicho en otras palabras, esa llamada a la importancia del papel de la educación en la unidad doméstica no restituye autoridad a las madres, sino que las despoja de ella, no crea orden, sino desorden.<sup>6</sup>

#### notas:

1. La categoría *prácticas de la creación y recreación de la vida y de la convivencia* surge de las reflexiones llevadas a cabo en el seno del grupo de investigación pluridisciplinar que lleva adelante el proyecto *Las actividades de creación y mantenimiento de la vida social y el género: una perspectiva comparativa y transdisciplinar*, subvencionado por el Ministerio de Asuntos Sociales y el Instituto de la Mujer en la convocatoria de 1997 del Programa Sectorial de Estudios de las mujeres y del género del Plan Nacional de I+D.

2. MURARO, Luisa: *L'ordine simbolico della madre*, Roma, 1992.

3. LONZI, Carla: *Escupamos sobre Hegel*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1981.

4. RIVERA, Milagros: *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*, Ed. Icaria, Barcelona, 1998, pág. 231.

5. MARIAUX, Veronika: "Tener presente a la madre", *Duoda. Revista d'Estudis Feministes*, nº 7, 1994, pág. 151.

6. SARTORI, Diana: "Dare autorità, fare ordine", en Diotima: *Il cielo stellato dentro di noi. L'ordine simbolico della madre*, la Tartaruga Edizioni, Milán, 1992, págs. 123-161.